



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XX. De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Manca.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPÍTULO XX.

De la jamás vista ni oída aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.



o es posible, señor mio, sino que estas yerbas, dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que las humedece, y así será bien que vamos (1) un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves (2) que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, quando llegó á sus oídos un gran ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia,

(1) *Vamos* por vayamos.

(2) Las sobras que se levantan de la mesa.—Arr.

y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda a caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos hicieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna (1), y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere, puedes tu volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo (2).

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él. así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manoteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos; pero como la codicia rompe el saco, á mi me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada insula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo (3). ¿Como puedes tu, Sancho,

(1) Alusion al río Nilo, que naciendo en la alta Etiopia, en el monte que llaman de la Luna, segun se creia antiguamente (*Ptolomeo: Geograph. lib. LV, al fin.*), se precipita con estruendo impetuoso por dos cataratas ó cascadas.—P.

(2) En este paso, como en otros muchos, imitó don Quijote á Amadis de Gaula, que disponiendose para la empresa de la óltima peña de la Doncella Encantada, dijo á Grasindor: «Yo vos ruego que me aguardéis aquí hasta mañana en la noche, que yo podré venir, ó faceros señal desde arriba como me va; y si en este comedio al tercero dia no tornare, podeis creer que mi hacienda no va bien (*Historia de Amadis, lib. III, cap. LXXIII.*)»—P.

(3) La constelacion, llamada por los astrónomos *Ursa minor*, *Osa menor*, y por los pastores *Bocina* ó *Carro menor*, consta de ocho estrellas, inclusa la del norte ó polar. Alrededor de esta voltean las otras siete, que forman la figura de la bocina, cuerno, ó cocodrillo. Para conocer la hora se figura una

dijo don Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día. Falte lo que faltare, respondió don Quijote, que no se ha de decir por mi ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto.

Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuan poco valian con él sus lágrimas, consejos, y ruegos determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambas manos á Rocinante; de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo: Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha



ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón. Desesperábase con esto don Quijote, y por mas que ponía las piernas al caballo, no le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegar y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento (1) de esperar á que ría el alba, aunque yo lloré lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo don Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tu que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres,

cruz con su cabeza, pié y brazos izquierdo y derecho, y en su centro la estrella polar. Esta cruz la figura también cualquier hombre estendiendo los brazos. En ella se suponen cuatro puntos principales, y al pasar por ellos la boca de la bocina se conocen las horas de la noche con respecto á la estrella polar. En agosto, que es cuando parece sucedió esta aventura, está la boca de la bocina encima de la cabeza de la cruz, haciendo algo mas de la media noche en su brazo izquierdo: de modo que desde entonces al alba faltan como unas tres horas.—P.

(1) Yo soy contento. Esta locucion se tomaria hoy por un galicismo.—F. SALES A. M.

que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Dijole don Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido; á lo que Sancho dijo que si hiciera, si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento, que ya comienzo.

Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fue así como quiera, que fue una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *y el mal para quien le fuera á buscar* (1), que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mi el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico.... Si desamano cuentas tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tu? dijo don Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento, me dijo que era tan cierto y verdadero que podia bien cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que yendo días y viniendo días, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo (2) y mala voluntad, y la causa fue segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesan jamas: la Torralva que se vió desdenada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo don Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante Sancho.

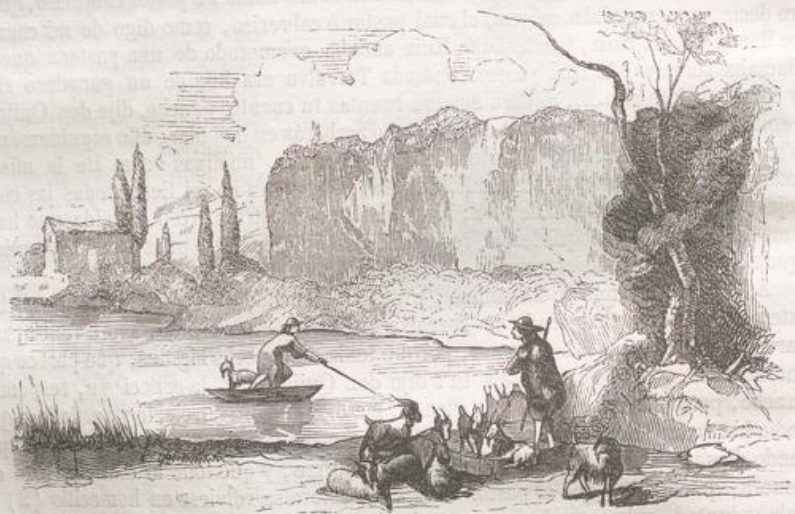
Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y anteco-

(1) Esta erudición escude á la capacidad de Sancho, que como buen prevaricador de palabras llama Zonzorino á Caton Censorino. Rodrigo Caro (*Dias Jemiales*: dial. v, §. 3.) dice tambien que los muchachos y la gente rústica empezaban los cuentos con esta entradilla: «Érase lo que era: el mal que se vaya el bien que se venga: el mal para los moros, el bien para nosotros.»—P.

(2) Palabra anticuada que significa enemistad, odio, aborrecimiento.

Los cuentos de viejas principiaban algunas veces de esta manera: «Le bien pour tout le monde, et le mal pour la maitresse du curé.»—VIARDOT.

giendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo fué tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé que botecillo de mudas (1) para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sígo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por



otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo don Quijote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo que diablos sé, respondió don Quijote. He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió don Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mi de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo don Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, respondió don Quijote,

(1) Unturas y aceites, colores postizos con que las mujeres se pintan la cara, cuyo vicio era todavía mas comun en España en el sig!o XVI que ahora.—P. y C.

que tu has contado una de las mas nuevas (1) consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dijo don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante, tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándose la dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fue que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger



(1) La historia de la Torralva y de las cabras que pasaban no era nueva en el mundo sino viejísima. Hállase en sustancia en la xxxi de las *cento Novelle antiche di Francesco Sansovino*, impresas en 1575, pero el autor italiano tomó el caso de un antiguo *Fabliau* provenzal del siglo XIII (*Le Fableur* colección de Barbazan, 1756) el cual *Fabliau* no es mas que una traducción en verso de un cuento latino de Pedro Alfonso, judío convertido de Huesca, médico del rey don Alfonso, que floreció por los años 1100, y escribió una obra titulada *Proverbiorum seu clericis disciplina libri tres*, en que se halla aquel. Tal vez no pare aquí la antigüedad del cuento de la pastora Torralva, pues dice Pedro Alfonso en su proemio que tomó sus cuentos de los fabulistas árabes.—

los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía; pero con todas estas diligencias fue tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote y dijo: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado: mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subían los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: páreceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Si tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió don Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mía, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corbetas, con perdon suyo, no las sabía hacer. Viendo pues don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podía causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo había dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que había de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad (1) del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo (2): cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguiale Sancho á pie, llevando como tenía de costumbre del cabe-

(1) *Rata por cantidad, á prorrata, á proporcion* es lo que á uno le puede caber de la cuota ó cantidad principal, repartida entre muchos.—*Ann.*

(2) *Cristiano viejo* se llamaba, y aun llama todavía España al que no tiene raza de moro ni de judío.

tro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole don Quijote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido. y eran (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando don Quijote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien don Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reírse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de figa (1): has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió don Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sonos, y saber cuales son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas (2) uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha si-

(1) *Figa* es la burla que se hace de alguno, remedándole con movimiento de ojos, boca, cabeza y cuerpo.—*ARR.*

(2) *Echádmelos á las barbas*, como si dijera: *ponédmelos delante, haced que me acometan.*—*C.*

do cosa de reir, y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada (1), que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo don Quijote, que todo lo que dices viniere á ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en manos del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerias he leído, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tu con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fue de la insula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, solo una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo (2), porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro (3): las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañil. No creo yo respondió don Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballeria, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desmanera, replicó don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

(1) Todo se enmendará, remediara, ó compensará al fin. Alusion á la colada ó lejía que se da á las ropas, con la cual salen ó se quitan todas las manchas que no han podido salir con la primera y simple labadura.—Arr.

(2) *Dar cordelejo* es tentarle á uno, ó probarle la paciencia con chanzas, ironias, ó críticas picantes aunque indirectas.—Arr.

(3) Mal para el inferior, ó mas débil: alusion al refran castellano que dice: Si el cántaro da contra la piedra, ó la piedra dá contra el cántaro, mal para el cántaro.—Arr.